ANÓNIMO OLLANTAY





Anónimo



Anónimo

Ollantay



Sobre la obra:

Bartolomé Mitre, gran historiador del siglo XIX, señaló que la noticia más antigua de *Ollantay* es que fue representada en 1780, ante los ojos de Tupac Amaru II, y que fue dirigida por el padre Antonio Valdéz. Después de la muerte de este en 1816, un sobrino suyo encontró una copia de puño y letra de su tío, y dio a conocer la existencia de este valioso documento. Años después algunos fragmentos fueron publicados; sin embargo, en 1853 la publicación se realizó de manera íntegra, a cargo del sabio Johan Jacob Von Tschudi, a manera de apéndice en su libro *Die Kechua Sprache*, con la versión quechua y su respectiva traducción alemana. Entretanto, la primera traducción completa al castellano fue publicada en Lima, por José Sebastián Barranca, en 1868, y desde entonces han surgido varias traducciones.

En lo que respecta a su origen, la crítica literaria ha dado cuenta de tres posibles teorías: la tesis incaica, la tesis hispanista y la tesis ecléctica. Sin embargo, en los últimos años se ha ido llegado al consenso de que se trata de una obra de teatro de carácter mestizo, que formaría parte de un conjunto de piezas dramáticas escritas a partir del siglo XVII. Esta muestra de teatro colonial ha sido muy valorada por su gran inspiración poética, por los elementos de tragedia y comedia bien amalgamados, y por ciertas escenas en las cuales destacan los yaravíes, tan propios de la tradición quechua. Además, a lo largo de la obra, se desarrollan el inicio, el nudo y el desenlace, todo ello acompañado de diálogos ágiles y escenarios del periodo prehispánico.

Anónimo
Ollantay

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

OLLANTAY

Teatro quechua colonial

PERSONAJES

PACHACÚTEC, inca

CUSI CCOYLLUR (Estrella alegre), princesa, hija de Pachacútec TÚPAC YUPANQUI, príncipe, hijo de Pachacútec

OLLANTA, general de Anti Suyu

IMA SÚMAC (¡Qué bella!), hija de Cusi Ccoyllur y Ollanta

RUMI ÑAHUI (Ojo de piedra), general de Anan Suyu

HUILLCA UMA, sumo sacerdote

ORCCO HUARANCCA (Hombre de la montaña), general

ANCCO ALLU AUQUI (El que es constante en el amor), príncipe anciano

PIQUI CHAQUI (Pie de pulga), criado de Ollanta

CCOYA, esposa de Pachacútec y madre de Cusi Ccoyllur

MAMA CCACCA (Mama roca), matrona de las vírgenes del Sol

PITU SALLA, nodriza de Ima Súmac

UN INDIO CAÑARI

UN INDIO

UNA DOMÉSTICA

CORO DE NIÑOS

CORO DE NIÑAS

SÉQUITOS DE OLLANTA Y ORCCO HUARANCCA

La escena tiene lugar en Cuzco a fines del siglo XIV y principios del XV

ACTO I

ESCENA I

Gran plaza en el Cusco con el templo del Sol en el fondo. La escena tiene lugar ante el vestíbulo del templo. Vestidos característicos de la época incaica.

(*Sale Ollanta, con manto bordado de oro y la maza al hombro. Detrás de él, Piqui Chaqui*).

OLLANTA.— ¿Has visto, Piqui Chaqui, a Cusi Ccoyllur en su palacio?

PIQUI CHAQUI.— No, que el Sol no permita que me acerque allá. ¿Cómo, no temes siendo hija del inca?

OLLANTA.— Aunque eso sea, siempre he de amar a esta tierna paloma: a ella sola busca mi corazón.

PIQUI CHAQUI.— ¡Creo que el demonio te ha hechizado! Estás delirando, pues hay muchas doncellas a quienes puedes amar, antes que llegues a viejo. El día que el inca descubra tu pensamiento, te ha de cortar el cuello y también serás asado como carne.

OLLANTA.— ¡Hombre!, no me sirvas de estorbo. No me contradigas, porque en este momento, te he de quitar la vida, destrozándote con mis propias manos.

PIQUI CHAQUI.— ¡Veamos! Arrójame afuera como un can muerto, y ya no me dirás cada año, cada día, cada noche: «Piqui Chaqui, busca a Cusi Ccoyllur».

OLLANTA.— Ya te digo, Piqui Chaqui, que acometería a la misma muerte con su guadaña; aunque una montaña entera y todos mis enemigos se levantaran contra mí, combatiría con ellos hasta morir por abrazar a Ccoyllur.

PIQUI CHAQUI.— ¿Y si el demonio saliera? OLLANTA.— Aun a él hollaría con mis plantas.

PIQUI CHAQUI.— Porque no ves ni la punta de sus narices, por eso hablas así.

OLLANTA.— En hora buena, Piqui Chaqui, dime sin recelo: ¿Cusi Ccoyllur, no es una brillante flor?

PIQUI CHAQUI.— ¡Vaya! Estás loco por Cusi Ccoyllur. No la he visto. Tal vez fue una que entre todas las sin mancilla salió ayer, al rayar la aurora, hermosa como la luna y brillante como el sol en su carrera.

OLLANTA.— Sin duda ella fue. He aquí que la conoces. ¡Qué hermosa! ¡Qué jovial! Anda en este instante y habla con ella, que siempre está de buen humor.

PIQUI CHAQUI.— No desearía ir de día al palacio, porque en él no se conoce al que va con quipe.

OLLANTA.— ¿Cómo, no me has dicho que ya la conoces?

PIQUI CHAQUI.— Eso he dicho por decir. Como las estrellas brillan de noche, por eso solo de noche la conozco.

OLLANTA.— Sal de aquí, brujo, pues mi idolatrada Cusi Ccoyllur deslumbra al mismo Sol con su hermosura. Ella no tiene rival.

PIQUI CHAQUI.— Aguarda que ahora ha de salir un viejo o una vieja, que creo idóneos para llevar tus recados y hablar con ella; porque aunque soy un pobre huérfano, no quisiera que me llamaran rufián.

ESCENA II

(*Huillca Uma, con una larga túnica negra y un cuchillo en la mano, observa el Sol*).

HUILLCA UMA.— ¡Sol vivo! Postrado delante de ti, adoro tu marcha. Para ti solo he separado cien llamas, que debo sacrificar en el día de tu fiesta. Derramaré su sangre en presencia de ti. Quemadas en el fuego arderán, después de hecho el ayuno.

OLLANTA.— He allí, Piqui Chaqui, que viene el sabio Huillca Uma; ese león anda acompañado del mal presagio. Aborrezco a este agorero que siempre que habla anuncia negros cuidados y vaticina el infortunio.

PIQUI CHAQUI.— Calla; no hables, pues ya aquel agorero sabe mejor que tú lo que has dicho. (*Se sienta y duerme*).

OLLANTA.— Hablaré, ya que me has visto, poderoso y noble Huillca Uma; te adoro con profunda veneración. Para ti nada hay oculto; veamos que todo ha de ser así. (*Se acerca a Huillca Uma*).

HUILLCA UMA.— Poderoso Ollanta, a tus plantas tienes rendida la comarca: tu valor te bastará para dominar todo.

OLLANTA.— Tiemblo al verte aquí; como también al presenciar estas cenizas frías, cimientos, adobes, vasos y cestos. Cuantos te ven admiran todo esto. Dime, ¿para qué sirven, si todavía no es la fiesta? ¿Está por ventura enfermo el inca? Tú vaticinas solo por medio de la sangre del tunqui rojo, y está muy lejos el día de sacrificar al Sol y a la Luna. Si aún comienza el mes, ¿por qué hemos de abandonar los goces?

HUILLCA UMA.— ¿Para qué me interrogas increpándome? Todo sé; tú me lo recuerdas.

OLLANTA.— Mi cobarde corazón teme el verte en un día particular, para aprovecharme de tu venida, aun cuando me costase una enfermedad.

HUILLCA UMA.— No temas, Ollanta, viéndome aquí, porque sin duda alguna es porque te amo. Volaré donde quieras como la paja batida por el viento. Dime los pensamientos que se anidan en tu vil corazón. Hoy mismo te ofreceré la dicha o el veneno para que escojas entre la vida o la muerte.

OLLANTA.— Explícate con claridad, ya que has adivinado el secreto. Desata pronto esos hilos.

HUILLCA UMA.— He aquí, Ollanta, escucha lo que he descubierto en mi ciencia. Yo solo sé todo, aun lo más oculto. Tengo influjo para hacerte general; mas ahora, como te he criado desde niño, debo, pues, ayudarte para que gobiernes Anti Suyu. Todos te conocen y el inca te ama hasta el extremo de dividir contigo el cetro. Entre todos te ha elegido, poniendo sus ojos en ti. Él aumentará tus fuerzas para que resistas las armas enemigas. Cualquier cosa que haya, con tu presencia ha de terminar. Respóndeme ahora, aun cuando tu corazón reviente de ira, ¿no estás deseando seducir a Cusi Ccoyllur? Mira, no hagas eso; no cometa ese crimen tu corazón, aunque ella mucho te ame. No te conviene corresponder a tantos beneficios con tanta ingratitud, cayendo en el lodo. El

inca no permitirá eso, pues quiere demasiado a Cusi. Si le hablas, al punto estallará su enojo. ¿Qué, estás delirando por hacerte noble?

OLLANTA.— ¿Cómo sabes eso que mi corazón oculta? Solo su madre lo sabe. ¿Y cómo tú ahora me lo revelas?

HUILLCA UMA.— Todo lo que ha pasado en los tiempos para mí está presente, como si estuviera escrito. Aun lo que hayas ocultado más, para mí es claro.

OLLANTA.— Mi corazón me vaticina que yo mismo he sido la causa del veneno, que sediento he bebido. ¿Me abandonarías en esta enfermedad?

HUILLCA UMA.— ¡Cuántas veces bebemos en vasos de oro la muerte! Recuerda que todo nos sucede porque somos temerarios.

OLLANTA.— Más pronto un peñasco derramará agua y la tierra llorará, antes que yo abandone mi amor.

HUILLCA UMA.— Siembra en ese campo semilla, y ya verás que sin retirarte se multiplicará más y más, y

excederá al campo; así también tu crimen crecerá hasta superarte.

OLLANTA.— De una vez te revelaré, gran padre, que he errado. Debes saberlo, ya que me has sorprendido en esto solo. El lazo que me enreda es grande; estoy muy pronto para ahorcarme con él, aun cuando sea trenzado de oro. Este crimen sin igual será mi verdugo. Sí; Cusi Ccoyllur es mi esposa, estoy enlazado con ella, soy ya de su sangre y de su linaje como su madre lo sabe. Ayúdame a hablar a nuestro inca; condúceme para que me dé a Ccoyllur; la pediré con todas mis fuerzas; preséntame aunque se vuelva furioso, aunque me desprecie, no siendo de la sangre real. Que vea mi infancia, tal vez ella será defectuosa; que mire mis tropiezos y cuente mis pasos; que contemple mis armas que han humillado a mis plantas a millares de valientes.

HUILLCA UMA.— ¡Oh, noble, Ollanta! Eso no más hables; tu lanzadera está rota; ese hilo es rompedizo; peina la lana e hila. ¿Quieres ir a hablar al inca solo? Por más que te entristezcas, muy poco tendrás que decir. Piensa todavía que donde quiera que yo esté, siempre he de sofocar tus pensamientos. (*Sale*).

ESCENA III

OLLANTA.— ¡Oh, Ollanta! Eres valiente, no temas; tú no conoces el miedo. Cusi Ccoyllur, tú eres quien me ha de proteger. Piqui Chaqui, ¿dónde estás?

PIQUI CHAQUI.— Me había dormido como una piedra y he soñado mal agüero.

OLLANTA.— ¿Qué cosa?

PIQUI CHAQUI.— En una llama amarrada. OLLANTA.— Ciertamente; tú eres ella.

PIQUI CHAQUI.— Sí, por eso me crece el pescuezo. OLLANTA.— Vamos; llévame donde Cusi Ccoyllur.

PIQUI CHAQUI.— Todavía es de día.

(*Salen*).

ESCENA IV

(*Cusi Ccoyllur, llorando, y su madre, Ccoya, se encuentran en el interior del Aclla Huasi*).

CCOYA.— ¿Desde cuándo estás tan mustia Cusi Ccoyllur, imagen del Sol? ¿Desde cuándo te ha abandonado el gozo y la alegría? Profunda tristeza despedaza mi afligido corazón; deseo mejor la muerte que presenciar tanta desdicha. Dime, ¿has amado a Ollanta? ¿Eres su compañera? ¿Estás ya desposada con él? ¿Lo has elegido por tu esposo? Descansa un poco.

CUSI-CCOYLLUR.— ¡Ay, princesa! ¡Ay, madre mía! ¿Cómo no he de llorar? ¿Cómo no he de gemir? Si mi amado, si mi protector, que cuidó de mi niñez durante tantos días y tantas noches, me olvida, castigándome con la más terrible indiferencia. ¡Ay, madre mía! ¡Ay, princesa! ¡Ay, mi adorado amor! Desde el día que entré aquí, la Luna se vistió de luto; el Sol se oscureció como si estuviera cubierto de ceniza. Una nube tempestuosa vino a anunciar mi pesar, y aun la hermosa estrella del amor dejó de emitir sus fulgores. Todos los elementos

han conspirado contra mí, y el universo ya no existe. ¡Ay, madre mía! ¡Ay, princesa! ¡Ay, mi adorado amor!

ESCENA V

(*Entra el inca Pachacútec con su séquito*).

CCOYA.— Límpiate el rostro; enjúgate los ojos. Mira a tu padre que sale.

PACHACÚTEC.— ¡Cusi Ccoyllur! ¡Fruto de mi corazón! ¡Flor de todos mis hijos! ¡Bella red de mi pecho! ¡Relicario de mi cuello! Ven, paloma a mi pecho; descansa en mis brazos. Devana en mi presencia un ovillo de oro que está adentro. En ti tengo cifrada toda mi dicha; eres mi única felicidad, eres la niña de mis ojos. Aquí tienes en tu presencia las armas del imperio, que con una mirada dominas. ¿Quién pudiera abrir tu pecho para descubrir tus pensamientos y fijar en él tu reposo? Eres para tu padre la única esperanza de su vida. Con tu presencia mi vida entera ha de ser un gozo eterno.

CUSI CCOYLLUR.— ¡Oh, padre! Postrada a tus pies te adoro mil veces. Favoréceme para que huyan mis angustias.

PACHACÚTEC.— ¡Tú, a mis pies! ¡Tú humillada! Me espanta decirlo. Mira que soy tu padre; yo te he criado con solícita ternura. ¿Por qué lloras?

CUSI CCOYLLUR.— Ccoyllur llorará como el rocío que el Sol disipa con su presencia; así también ella disipará su incauto amor.

PACHACÚTEC.— Vengo amoroso, bella escogida; siéntate sobre mis rodillas.

UNA DOMÉSTICA.— Tus siervos vienen para consolarte.

PACHACÚTEC.— Di que entren.

ESCENA VI

(*Ocho pequeños niños se presentan danzando, con tamborcitos y panderetas en las manos. Hay música en el interior*).

CORO DE NIÑOS

Tuya, no comas.

(*Cantan*).

Tuyallay, el maíz de mi siclla; Tuyallay, no te acerques, Tuyallay, a consumir la cosecha toda. Tuyallay, el maíz todavía está verde, Tuyallay, y sus granos están muy blancos; Tuyallay, sus hojas están muy duras, Tuyallay, aunque su interior esté muy tierno. Tuyallay, pero el cebo ya está puesto, Tuyallay, y yo te apresaré bien pronto. Tuyallay, no te podrás escapar. Tuyallay, Mi mano ahogará, Tuyallay, al pájaro volador, Tuyallay, antes de que se haya apoderado, Tuyallay, del cebo Tuyallay, aprende del piscaca.

Tuyallay, mira, lo han matado; Tuyallay, pregunta dónde está su corazón, Tuyallay, busca sus plumas. Tuyallay, lo ves muerto, Tuyallay, por haber picado solo un grano. Tuyallay, y así le pasará, Tuyallay, a todo el que se quiera perder, Tuyallay.

PACHACÚTEC.— Alégrate, Cusi Ccoyllur, con tus siervos en el palacio de tu madre.

CCOYA.— Canten con más dulzura, adoradas niñas; ustedes que han cantado la desgracia, váyanse. Entren las otras.

(*Se van los niños y entran las niñas*).

CORO DE NIÑAS

Dos palomas amorosas

(*Cantan*).

están tristes, se quejan, suspiran y lloran.
Ambas fueron enterradas en la nieve,
un árbol sin hojas fue su tumba.
Una de ellas perdió a su compañera
y salió a buscarla.

La encontró en un pedregal,
pero estaba muerta.
Y tristemente empezó a cantar:
«¡Mi paloma!, ¿dónde están tus ojos,
y dónde tu pecho amante?
¿Dónde tu virtuoso corazón que yo tan tiernamente amaba?
¿Dónde, mi paloma, están tus labios dulces
que mis tristezas conocieron?
Sufriré mil desdichas
ahora que mi alegría ha terminado».
Y la infeliz paloma erraba de peña en peña.
Nada la consolaba
ni calmaba su dolor.
Cuando vino el alba
en el puro azul del cielo
vaciló y cayó.
Y al morir
exhaló un amoroso suspiro.

CUSI CCOYLLUR.— Verdad dice este yaraví; basta de cantar, pues ya mis ojos se convierten en torrentes de lágrimas.

(*Se van las niñas, Cusi Ccoyllur y Ccoya*)..

ESCENA VII

Interior del palacio del inca

(*Pachacútec, Ollanta y Rumi Ñahui se sientan*).

PACHACÚTEC.— ¡Oh, nobles!, digo que ya llega el buen tiempo para que todo el ejército salga con dirección a Colla Suyu, pues ya Chayanta está listo para salir con nosotros. Que se preparen y afilen sus flechas.

OLLANTA.— ¡Oh, inca! ¿Cómo se han de sostener esos cobardes?, pues el Cusco y sus montañas se levantarán contra ellos, como también ochenta mil soldados, que los esperan prontos al sonido del tambor y tañido de las bocinas. En cuanto a mí, tengo mi macana afilada y escogida mi maza de armas.

PACHACÚTEC.— Aún no daré mis órdenes, para que algunos puedan ser persuadidos; porque podría haber muchos que amen demasiado su sangre.

RUMI ÑAHUI.— Al ordenar Chayanta que se reúnan todavía los más valientes, para obligar a los yuncas a que limpien los caminos y que se vistan de cuero, estoy convencido que con esto ha mostrado un corazón pusilánime, que disfraza su cobardía, no queriendo que se marche a pie antes que las salidas se hallen expeditas. Ya que están muchísimos prontos para cargar las llamas, partiremos al combate; pues nuestro ejército está listo.

PACHACÚTEC.— ¿Piensan que salen acaso al encuentro de feroz serpiente, y que van a levantar aquella nación? Los llamarán primero con dulzura, sin derramar sangre, ni destruir a nadie.

OLLANTA.— Yo también he de marchar. Todo lo tengo preparado; pero mi corazón tiembla delirando en un pensamiento.

PACHACÚTEC.— Dímelo aun cuando pidas el regio cetro. OLLANTA.— Escúchame solamente.

PACHACÚTEC.— Valiente general de Anan Suyu, descansa en tu palacio y regresa mañana cuando te llame.

RUMI ÑAHUI.— Tu pensamiento es el mío; que se cumpla en el acto.

(*Se va*).

ESCENA VIII

OLLANTA.— Bien sabes, poderoso inca, que desde mi infancia te he acompañado, procurando siempre tu felicidad en la guerra. Mi valor te ha servido para que impongas tu poder a millares de pueblos. Por ti he derramado siempre mi sudor, siempre he vivido en tu defensa, he sido sagaz para dominar y sojuzgarlo todo. He sido el terror de los pueblos, pues nunca he dejado de caer sobre ellos, sino como una maza de bronce. ¿Dónde no se ha derramado a torrentes la sangre de tus enemigos? ¿A quién no ha impuesto el nombre de Ollanta? He humillado a tus pies a millares de yuncas de la nación anti, para que sirvan en tu palacio. Venciendo a los chancas, he aniquilado todo su poder. También he conquistado a Huanca Huillca, poniéndolo bajo tus plantas. ¿Dónde Ollanta no ha sido el primero en combatir? Por mí, numerosos pueblos han aumentado tus dominios, ya sea empleando la persuasión, ya el rigor, ya derramando mi sangre, ya por fin exponiéndome a la muerte. Tú, padre mío, me has concedido esta maza de oro y este yelmo, sacándome de la condición de plebeyo. De ti es esta macana de oro, tuyas serán mis proezas y

cuanto mi valor alcance. Tú me has hecho esforzado general de los antis y me has encomendado el mando de cincuenta mil combatientes; de este modo toda la nación anti me obedece; en mérito de todo lo que te he servido, me acerco a ti como un siervo, humillándome a tus pies para que me asciendas algo más, ¡mira que soy tu siervo! He de estar siempre contigo, si me concedes a Ccoyllur, pues marchando con esta luz, te adoraré como a mi soberano y te alabaré hasta mi muerte.

PACHACÚTEC.— ¡Ollanta! Eres plebeyo, quédate así. Recuerda quién has sido. Miras demasiado alto.

OLLANTA.— Arrebátame de una vez la vida.

PACHACÚTEC.— Yo debo ver eso; tú no tienes que elegir. Respóndeme: ¿estás en tu juicio? ¡Sal de mi presencia!

(*Se va Ollanta, compungido, y luego Pachacútec*).

ESCENA IX

Lugar solitario de Cusi Patal

(*Sale Ollanta, conmovido*).

OLLANTA.— ¡Ah, Ollanta! ¡Así eres correspondido! Tú que has sido el vencedor de tantas naciones; tú que tanto has servido. ¡Ay, Cusi Ccoyllur! ¡Esposa mía! ¡Ahora te he perdido para siempre! ¡Ya no existes para mí! ¡Ay, princesa! ¡Ay, paloma!... ¡Ah, Cusco!, ¡hermoso pueblo! Desde hoy en adelante he de ser tu implacable enemigo: romperé tu pecho sin piedad; rasgaré en mil pedazos tu corazón; les daré de comer a los cóndores a ese inca, a ese tirano. Alistaré mis antis a millares, les repartiré mis armas y me verás estallar como la tempestad sobre la cima de Sacsayhuamán. ¡El fuego se levantará allí y dormirás en la sangre! Tú, inca, estarás a mis pies, y verás entonces si tengo pocos yuncas y si alcanzo tu cuello. ¿Todavía me dirás: «no te doy a mi hija»? ¿Serás tan arrojado para hablarme? ¡Ya no he de ser tan insensato para pedírtela postrado a tus pies! Yo debo ser entonces el inca, ya lo sabes todo; así ha de suceder muy pronto...

ESCENA X

(*Sale Piqui Chaqui*).

OLLANTA.— Ve, Piqui Chaqui, y dile a Cusi Ccoyllur, que esta noche me aguarde.

PIQUI CHAQUI.— Fui ayer por la tarde y encontré su palacio abandonado. Pregunté y nadie me dio razón de ella. Todas las puertas estaban cerradas. Nadie moraba allí y ni un solo perrito había.

OLLANTA.— ¿Y sus domésticos?

PIQUI CHAQUI.— Hasta los ratones habían huido no hallando qué comer; solo los búhos sentados allí dejaban oír su canto lúgubre...

OLLANTA.— Tal vez su padre se la ha llevado a esconderla en su palacio.

PIQUI CHAQUI.— Quién sabe si la ha ahorcado y ha abandonado a la madre.

OLLANTA.— ¿Nadie ha preguntado ayer por mí?

PIQUI CHAQUI.— Como cosa de mil hombres, te buscan para prenderte.

OLLANTA.— Sublevaré entonces toda mi provincia; mi diestra demolerá todo; mis pies y mis manos son mi macana; mi maza arrasará sin dejar nada.

PIQUI CHAQUI.— Sí, yo también he de pisotear a ese hombre y aun le he de quemar.

OLLANTA.— ¿Qué hombre es ese?

PIQUI CHAQUI.— Digo que Orcco Huarancca, el que ha preguntado por ti.

OLLANTA.— Tal vez se dice que el inca me manda buscar, pensando que esté furioso.

PIQUI CHAQUI.— Orcco Huarancca; no el inca. Abomino a ese hombrecillo.

OLLANTA.— Ella ha desaparecido del Cusco; mi corazón me anuncia y el búho me lo avisa.

PIQUI CHAQUI.— ¿Dejaremos a Ccoyllur?

OLLANTA.— ¿Cómo he de permitir que se pierda? ¡Ay, Ccoyllur! ¡Ay, paloma!

PIQUI CHAQUI.— Escucha esta canción. ¿No hay quién la cante?

(*Se oye música dentro*).

Perdí una paloma que yo amaba,
la perdí en un momento.
Búscala en todas partes,
en todos los lugares.
Como mi amor tiene una cara tan hermosa,
la llaman Ccoyllur,
como es bella,
le va bien el nombre.
Como la luna en su esplendor,
cuando brilla
en lo más alto del cielo
es radiante su faz.
Sus trenzas caen
por su frente

tejiendo dos colores: blanco y negro.
Es una hermosa visión.
Sus cejas suaves
matizan su cara:
son como el arcoíris.
Sus ojos son como soles en su cara.
Sus penetrantes miradas causan alegría o tristeza;
y aunque es amada y adorada
hiere mi corazón.
El achancaray florece en su mejilla blanca como la nieve,
como aparece en el suelo
la nieve.
Se regocija el corazón
al ver su boca hermosa;
el eco de su deliciosa risa difunde alegría.
Su grácil cuello es como el cristal,
o como la nieve sin mancha.
Sus pechos crecen
como el algodón en flor.
Sus dedos son como estalactitas de hielo: mientras los miraba
y ella los movía,
me deleitaron.

OLLANTA

(*Canta*).

¡Oh, Cusi Ccoyllur!
Reconozco esa música,
ya que describe su belleza;
el dolor que me trae
no me abandona.
Si te pierdo,
me volveré loco.
Si te alejan de mí,
me moriré.

PIQUI CHAQUI.— Tal vez han asesinado a Ccoyllur; ya no brilla de noche.

OLLANTA.— Puede suceder que el inca sepa que Ollanta está ausente, que todos le han abandonado y se han convertido en sus enemigos.

PIQUI CHAQUI.— Todos te quieren porque eres liberal; con todo el mundo eres pródigo, pero conmigo mezquino.

OLLANTA.— ¿Para qué quieres?

PIQUI CHAQUI.— ¿Para qué ha de ser? Para algo; como para regalar vestidos, para parecer caudaloso y también para imponer.

OLLANTA.— Sé valiente; con eso te tendrán miedo.

PIQUI CHAQUI.— No tengo cara para ello, porque siempre me estoy riendo; siempre soy muy ocioso. Sé bizco que yo no lo seré. ¿Qué ruido viene sonando desde lejos?

OLLANTA.— ¡Tal vez me buscan! ¡Adelante! PIQUI CHAQUI.— ¡Ay!, me voy a cansar.

ACTO II

ESCENA I

Palacio del inca

(*Salen Pachacútec y Rumi Ñahui*).

PACHACÚTEC.— He mandado buscar a Ollanta. Ya no le encuentran. Mi furor me arrebata como un torrente. ¿Has visto a ese hombre?

RUMI ÑAHUI.— Te ha temido.

PACHACÚTEC.— Marcha en su persecución.

RUMI ÑAHUI.— ¿Dónde andará ya con tres días que está ausente de su casa? Alguien lo habrá guiado, por eso no aparece.

ESCENA II

(*Sale un indio Cañari con un quipu*).

INDIO.— Aquí te traigo un quipu desde Urupampa. Me han mandado que venga muy de prisa. Ya te he visto.

PACHACÚTEC.— ¿Qué negocios son esos?

INDIO.— El quipu te avisará.

PACHACÚTEC.— Desátale, Rumi Ñahui.

RUMI ÑAHUI.— (*Descifra el quipu*). He aquí una varita que tiene atada la cabeza con una madeja de lana; se han rebelado tantos hombres como granos de maíz ves aquí suspendidos.

PACHACÚTEC.— Y tú ¿qué has visto?

INDIO.— Que toda la nación anti se ha sublevado con Ollanta. Me han asegurado que ya se ve su cabeza ceñida con la borla roja o encarnada.

RUMI ÑAHUI.— Eso también dice el quipu.

PACHACÚTEC.— Antes que mi furor se calme, marcha valeroso, aunque tu ejército sucumba; pues no avanzarán mucho cincuenta mil hombres para levantar tu comarca. Parte pronto que el peligro amenaza.

RUMI ÑAHUI.— Saldré muy de mañana; ya he ordenado que el ejército marche al Collao. Todo he de impedir, poniendo sitio al valle, para arrasar con esos traidores y traerlos vivos o muertos, sometiendo a ese hombrecillo; así no tengas cuidado.

(*Se van*).

ESCENA III

Fortaleza de Ollanta en la villa de Tambo

(*Orcco Huarancca y Ollanta con sus séquitos vienen de lados opuestos*).

ORCCO HUARANCCA.— La valiente nación de Anti Suyu ya te recibe y hasta las mujeres te aclaman. Has de ver ahora cómo todos los nobles y el ejército marcharán a Anta; así debemos salir en retirada. Que no llegue aquel día en que cada año salgamos a aquellos remotos pueblos a derramar nuestra sangre, para cortar al inca y a los suyos la provisión de víveres que han menester. Llevando poca coca todos los pueblos tendrán descanso. Es necesario buscar caminos arenosos y si las llamas se cansan, andaremos a pie; aunque sea entre espinas y zarzos. También necesitamos llevar agua; y, aunque sea aguardar la muerte.

OLLANTA.— ¡Capitanes! Escuchen las órdenes de Orcco Huarancca que manda que descansen. Consérvenlas en su memoria, aun cuando se cubra de

luto todo Anti Suyu. Tengo bastante coraje para hacer saber al inca que desista este año de acometer a Anti Suyu. Entonces su ejército ha de sucumbir durante ese tiempo; ya sea por las enfermedades, ya sea por las fatigas, ya teniendo, en fin, sus campos incendiados en una marcha tan dilatada. ¡Cuánta gente habrá de perecer! ¡Cuántos nobles encontrarán una muerte segura en una empresa tan aventurada. Así se ha de portar Anti Suyu en presencia de su inca. A decir no, volaré al momento para embarazar la salida. Descansen tranquilos en sus hogares, pues soy enemigo implacable.

TODOS.— ¡Que viva para siempre nuestro inca! ¡Que tome la borla roja, para que le toque en suerte el hacernos felices! ¡Elévenle al trono! ¡Salve inca! ¡Salve inca!

ANCCO ALLU AUQUI.— Recibe en tus manos, inca, la borla roja que la comarca te ofrece. ¡Cuán grande es Huilcanota! ¡Te proclama en toda su extensión! ¡Que venga ya aquel día en que Ollanta sea nuestro inca!

OLLANTA.— Orcco Huarancca, sé noble, para que gobiernes a Anti Suyu. Aquí tienes este yelmo y estas flechas, para que seas también valiente.

TODOS.— ¡Que viva el valeroso Orcco Huarancca! ¡Que viva!

OLLANTA.— Ancco Allu, como eres el anciano más noble y más sabio, serás también ahora del linaje de Huillca Uma. Ponme esas insignias para que pueda vencer a la misma muerte.

ANCCO ALLU AUQUI.— Te las pongo, para que recuerdes tu valor, para que domines y te manifiestes siempre como hombre.

ORCCO HUARANCCA.— ¡Mil veces venero, poderoso inca, tus hechos!

ANCCO ALLU AUQUI.— Mira al varón esforzado, cubierto de armas desde la cabeza hasta los pies; por eso ha de ser valiente; por eso los enemigos jamás han de ver su espalda, ni huirá como el montañés, ni será humillado como a la tierna grama.

ORCCO HUARANCCA.— Escuchen ¡oh, antis! ¡Escuchen lo que el inca me amonesta! ¡Soldados, tomen las armas! Porque el viejo inca ha mandado desde el Cusco, a las comarcas del imperio, para que los nobles

se preparen al combate. Ha ordenado también que todo el Cusco marche con dirección a este valle, a nuestros hogares, para exterminarnos; así lo ha decretado. Sin perder tiempo, ordenen que coloquen sobre los cerros las piedras necesarias; y para que no se permanezca en el ocio, embarren ligeramente el cuartel y dejen una sola puerta hacia las montañas. Levántense en este momento para moler todo el veneno que es menester para curar nuestras flechas e hiriendo con ellas, la muerte sea instantánea.

OLLANTA.— ¡Te he elegido, Orcco Huarancca, el primero entre los nobles para disimular tu linaje; te he señalado para que estés en pie; pues nuestros enemigos no duermen! Les embarazarás la entrada y los pondrás en derrota. ¿Seremos cobardes?

ORCCO HUARANCCA.— Ya están aquí treinta mil antis entre los cuales no se encuentra un cobarde, ni un inválido. El capitán Marutu saldrá con los antis de Huillca Pampa, hasta las orillas de la confluencia del Qqueru, donde estará emboscado con su ejército hasta que se le avise. El noble Chara ocultará igualmente su gente en la ribera opuesta hasta mi llamada. Diez mil

antis dormirán en los graneros de Chara, y tendremos en el valle de Pachar otras diez tribus. Aguardaremos que entren los cusqueños sin tomar la iniciativa; cuando todos estén adentro, cerraremos la entrada y se verificará una inundación. Al sonido de las bocinas, los cerros lanzarán peñascos, las piedras caerán como granizo, las galgas rodarán sepultando todo lo que encuentren a su paso. Este ha de ser su castigo. En cuanto a los fugitivos, los unos morirán en nuestras manos y los demás sucumbirán al veneno de nuestras flechas.

TODOS.— ¡Muy bien! ¡Muy bien!

(*Se van Ollanta y Orcco Huararicca con sus séquitos por lados opuestos*).

ESCENA IV

Lugar en las montañas entre la fortaleza de Ollanta y el palacio del inca

(*Rumi Ñahui sale como fugitivo*).

RUMI ÑAHUI.— ¡Ah, Rumi! ¡Ah, Rumi! ¡Ah, Rumi Ñahui! ¡Qué infortunado eres! Has escapado de un peñasco. Esto ha sido para mí una canción bien triste. ¿No estuvo en tus manos rechazar a Ollanta emboscado en aquel valle? ¿No has recordado que tiene un corazón insidioso para dominar todo? ¿Por qué no has recurrido a estrategias para aniquilar su ejército? En él solo he encontrado un hombre que de cobarde se haga valiente. Hoy he muerto a millares de hombres; solo así he podido librarme de gemir en sus manos. Había pensado que ese hombrecillo sería un fanfarrón; por eso le busqué cara a cara y penetré en el valle, juzgando que con mi presencia huiría; y estando ya a la entrada de su campamento, principiaron a caer y rebotar por todas partes los peñascos, llevando consigo muchas piedras; ellas aplastan y sepultan todo mi ejército. Aquí y allí

matan, la sangre corre, inunda y se extiende por todo el valle. Así ha sucedido, yo también estuve en medio de un hervidero de sangre. ¿Con quién me hubiera batido, si nadie salió, ni a nadie vi y los míos eran destrozados por las piedras? ¿Con qué cara he de ir a presentarme al inca? ¡Estoy perdido! ¿Adónde huiré? ¡Ahora mismo me ahorcaría con mi propia honda; pero ella que sirva para cuando Ollanta caiga!

(*Se va*).

ESCENA V

Patio interior del templo de las vírgenes

(*Salen la niña Ima Súmac y Pitu Salla*).

PITU SALLA.— Ima Súmac, no salgas demasiado a la puerta. No aguardes allí; porque las matronas se han de enfadar, no obstante, de ser tu nombre, Ima Súmac, muy querido, pues solo al oírlo pronunciar se llenan de regocijo todas las escogidas. Cuando te encierres en aquel patio, mora allí en medio de los goces. Nadie sale jamás de aquí; por eso hallarás toda especie de comodidades, ricos vestidos, oro y exquisitos manjares. Todas las escogidas de la sangre real te aman y llevan siempre en sus brazos. Todas las maestras, sin excepción, te acarician, ya besándote, ya mimándote. Tú eres la única a quien distinguen y en cuyo rostro se fijan. ¿Qué más quieres, tú que debías servir a las demás hermanas, que vivas en su sociedad? También debes notar que toda la nobleza te venera, como si fueras de la sangre de las escogidas, se recrean contigo, como si vieran al Sol, y te conservan como a su linaje.

IMA SÚMAC.— Muchas veces eso no más, eso no más me dices. Pues yo ahora te diré la verdad. Abomino estos claustros, esta casa; maldigo todos los días mi existencia y mi inacción. Aborrezco la sañuda cara de las matronas, que es lo único que miro desde el rincón de mi morada. Aquí no hay felicidad, solo lágrimas que llorar. Su voluntad sería que nadie habitara aquí; veo que ellas andan entre las risas y los goces, pues llevan en sus manos el colmo de la ventura. ¡Quién sabe si estoy encerrada porque no tengo madre! Buena nodriza, como no hay que servir, me iré a recoger; porque anoche estuve vagando por todas partes, hasta que por fin entré al jardín y escuché un instante que permanecí en él, los lamentos y gemidos de una voz que clamaba por la muerte. Miré a todas partes con los cabellos erizados; gritando de espanto, dije: «¿Quién eres que clamas a todos y angustiada dices: ¡Sol mío!, sácame de aquí?». Busqué en derredor mío, a nadie hallé, solo la paja silbaba en el prado; con ella me puse a llorar. Mi corazón rasgado quería salirse de mi pecho; aún ahora que recuerdo, me lleno de espanto como si fuera a morir. ¡Aquí Pitu Salla, el mismo dolor anida y el llanto florece eternamente! Mira, adorada nodriza, no me digas que permanezca aquí; porque abomino mi condición de escogida.

PITU SALLA.— Entra, no sea que te vea alguna anciana.

IMA SÚMAC.— ¿Esta morada es para mí?

(*Se va*).

ESCENA VI

(*Sale Mama Ccacca vestida de blanco*).

MAMA CCACCA.— ¿Has comunicado mis órdenes a esa niña?

PITU SALLA.— ¿Qué debo avisarle?

MAMA CCACCA.— ¿Qué te he advertido?

PITU SALLA.— Llora sin consuelo y rehúsa admitir el vestido del Aclla Huasi.

MAMA CCACCA.— ¿Cómo, no la has reprendido?

PITU SALLA.— Le muestro la ropa, para que se despoje de la vieja que viste, recordándole que ya salió de la infancia y que no ha de ser escogida si la tristeza se apodera de ella, y que ha de permanecer en la condición de sierva. ¿Por qué ella recordará que es una hija sin padre y una criatura sin madre? He aquí un mal agüero.

MAMA CCACCA.— Di su nombre, dilo; pues dentro de estas paredes todo queda sepultado como en la nieve, y hasta el nombre se olvida.

PITU SALLA.— ¡Ay, Ima Súmac! ¡Ay, Ima Súmac! ¿Qué calabozo te ocultará solitaria? ¡He aquí una serpiente! ¡Ve acá un león!

(*Se van*).

ESCENA VII

Calle de Cusco

(*Salen Rumi Ñahui y Piqui Chaqui de lados opuestos; el último como espía*).

RUMI ÑAHUI.— ¿Cómo así, Piqui Chaqui, has venido para acá? ¿Por ventura buscas la muerte, junto con el traidor Ollanta?

PIQUI CHAQUI.— Como natural del Cusco, he sido expulsado; me vuelvo sin demora a mi pueblo; porque no puedo habitar los valles.

RUMI ÑAHUI.— Dime ¿qué hace Ollanta?

PIQUI CHAQUI.— Ovilla un quipu.

RUMI ÑAHUI.— ¿Qué ovillo es ese?

PIQUI CHAQUI.— Regálame algo y te avisaré.

RUMI ÑAHUI.— Sí, para golpearte un palo, y para ahorcarte tres.

PIQUI CHAQUI.— Ollanta... Ollanta... Ollanta... Esto... nada más me acuerdo. RUMI ÑAHUI.— ¡Cuidado, Piqui!

PIQUI CHAQUI.— Y Ollanta... levanta... Y Ollanta... construye una fortaleza de piedras colosales... Ata dos hombres enanos para que salga un gigante. Dime, ¿por qué llevas esa ropa arrastrando como la gallina ingerida lleva sus alas? Mira que el barro mancha hasta lo negro.

RUMI ÑAHUI.— ¿No ves al Cusco, hecho un mar de lágrimas? Pachacútec está enterrado; todos están de luto en medio del plañido universal.

PIQUI CHAQUI.— ¿Quién gobernará ahora después de Pachacútec?

RUMI ÑAHUI.— Túpac Yupanqui ocupará el trono; aunque el inca ha dejado muchos hijos, a pesar de ser aquel el menor y haber todavía otro mayor. Todo el Cusco le ha elegido; y el inca le ha dejado el cetro y las armas. Así, no podemos elegir a otro.

PIQUI CHAQUI.— Voy a traer mi cama.

(*Se va*).

ESCENA VIII

Palacio del inca

(*Sale Túpac Yupanqui con Huillca Uma y su séquito*).

TÚPAC YUPANQUI.— En este día, ¡oh, nobles!, reciban y veneren al Sol. Todas las vírgenes que existan, llenas de júbilo que se presenten en este campo para alegrar la comarca entera. Así, les recuerden que deben orar con su corazón.

HUILLCA UMA.— Ayer se levantó el humo hasta la mansión del Sol, Pachacámac está muy alegre; todo ha de ser ahora propicio. Solo una cosa ha inquietado al inca, y es que, después del sacrificio de las aves y de las llamas, como todos han visto, abrimos un águila para observar su pecho y augurar por medio de su corazón: ¡y la encontramos vacía! Así, pues, debemos conquistar pronto a Anti Suyu sublevado; pues vaticino que será sometido.

TÚPAC YUPANQUI.— Aquel valiente Anti Suyu dejó en libertad a esa águila y ella ha sido la perdición de tanta gente.

RUMI ÑAHUI.— ¡Poderoso inca! Tú sabes ya todo lo que ha acontecido y cuáles han sido mis yerros; no obstante, de ser una piedra te obedezco y como piedra he destrozado todo. Salí con una piedra y con ella he peleado, aunque aquellos dominaban la comarca. Solo una cosa te pido, y es que me permitas partir a la fortaleza, pues te prometo sacarte victorioso.

TÚPAC YUPANQUI.— He aquí lo que debes hacer, para que recobres tu fama: no abandones a Anti Suyu; de este modo te he de probar.

HUILLCA UMA.— Dentro de pocos días verás a Anti Suyu a tus pies; así lo he encontrado en los quipus. Vuela pronto, Rumi Ñahui.

(*Se va Rumi Ñahui apresuradamente; luego salen todos*).

ESCENA IX

Campo cerca de la fortaleza de Ollanta

(*Sale Rumi Ñahui fugitivo, bañado en sangre y un indio cañari*).

RUMI ÑAHUI.— ¿No hay en esta comarca alguien que tenga compasión de mí?

INDIO.— ¿Quién eres hombre? Avísame, ¿quién te ha puesto en ese estado? ¿De dónde vienes tan cruelmente herido?

RUMI ÑAHUI.— Ve a avisar a tu inca, que su favorecido le llama.

INDIO.— ¿Cómo te llamas?

RUMI ÑAHUI.— Todavía no te diré mi nombre. INDIO.— Quédate allí.

(*Se va*).

ESCENA X

(*Sale Ollanta*).

RUMI ÑAHUI.— ¡Poderoso inca! ¡Mil veces te adoro postrado a tus pies! Ten compasión de este desgraciado.

OLLANTA.— ¿Quién eres? ¿Adónde vas? ¿De dónde has caído? ¿Quién eres tan lastimosamente herido?

RUMI ÑAHUI.— Me conoces demasiado, yo soy Rumi; por eso he caído a tus pies. ¡Inca, favoréceme!

OLLANTA.— ¿Eres tú, Rumi Ñahui, el valiente de Anti Suyu? RUMI ÑAHUI.— Soy ese Rumi, por eso he derramado sangre.

OLLANTA.— Levántate, aquí tienes mi mano. ¿Quién te ha puesto en este estado? ¿Quién te ha conducido a mi palacio, y a mi presencia? Que traigan ropa nueva para ti, pues te estimo. ¿Por qué estás desamparado?

RUMI ÑAHUI.— El nuevo monarca Túpac Yupanqui, que ahora gobierna en el Cusco, es un tirano feroz. Vive

en medio de regüeldos de sangre; degüella sin perdonar a nadie; sin saciar jamás su corazón, todo lo inmola en su delirio; y así corre el suncho rojo. Yo soy el valeroso de Anti Suyu, como tal vez recuerdas. Conociendo esto, Túpac Yupanqui me llamó a su territorio. En ese, su depravado corazón piensa una cosa y manda otra... Mira que eres mi padre y mi madre; ¡aquí me tienes en tu palacio!

OLLANTA.— No te aflijas, Rumi; en este instante te voy a curar y a auxiliar. Tú también has de ser su cuchillo. En el día de sacrificar al Sol tendremos una gran fiesta en el cuartel real, y entonces debemos marchar para arriba.

RUMI ÑAHUI.— Que la fiesta dure tres días, aunque el regocijo sea limitado; pues para entonces he de estar aliviado. Te hablo con mi corazón.

OLLANTA.— Concedido; tres noches hemos de sacrificar al gran Sol, y estaremos todos en medio del júbilo, para lo cual se cerrará el cuartel real.

RUMI ÑAHUI.— Que se avise también a los domésticos para que dispongan de la noche y, además, lleven consigo a sus mujeres.

ACTO III

ESCENA I

Patio interior del templo de las vírgenes

(*Ima Súmac y Pitu Salla salen de lados opuestos*).

IMA SÚMAC.— Querida Pitu Salla, dime, ¿hasta cuándo me ocultas aquel secreto? Mira que me has partido el corazón, por no haberme avisado ayer, aunque con las lágrimas en mis ojos, lo que por desgracia mía, deseo tal vez saber. ¿Quién está allá afligida? No me ocultes, paloma, quién es la que se lamenta y llora a cada instante dentro de aquel jardín. ¿Por qué se le prohíbe que me vea?

PITU SALLA.— A nadie más que a ti, Ima Súmac, he de descubrir lo que tú sola debes saber; mas ocúltalo dentro de tu pecho como si fuera una roca; porque lo que vas a ver te ha de causar un profundo dolor y has de llorar sin consuelo.

IMA SÚMAC.— Aun cuando todo me reveles, a nadie he de avisar; nada me ocultes que yo sabré sepultarlo en el fondo de mi corazón.

PITU SALLA.— Cuando todas las matronas estén dormidas, aguárdame cerca de una puerta de piedra que tiene aquel jardín.

(*Se va*).

ESCENA II

(*Pitu Salla vuelve con una bujía, una copa de agua y alimentos*).

PITU SALLA.— Ya es hora, levántate y tapa esta luz. (*Se va con Ima Súmac hacia la puerta de una caverna; la abre*). He aquí la princesa a quien tu corazón busca. ¿Cesa ya de palpitar?

IMA SÚMAC.— ¡Ay de mí! ¡Qué dolor! ¡Qué veo! ¿He buscado por ventura un cadáver? ¡Me espanto de miedo! ¿Has custodiado acaso un muerto? (*Se desvanece*).

PITU SALLA.— ¡Qué me pasa! ¡Ima Súmac! ¡Palomita! ¡Vuelve en ti, en este instante!... ¡Doncellas! ¡Auxilio!... (*Ima Súmac revive*). No temas, hermana, no es un muerto quien llora, es una princesa que en este lugar se lamenta.

IMA SÚMAC.— ¿Vive todavía aquella mujer?

PITU SALLA.— Acércate, auxíliame, mira que todavía vive. Alcánzame agua y aprieta bien la puerta. ¿Por qué no te alimentas hermosa princesa? Aquí tienes agua y comida; descansa un poco, que ahora regresaré.

IMA SÚMAC.— ¿Quién eres, hermosa paloma, que estás aquí prisionera?

PITU SALLA.— Come algo todavía, no sea que te desmayes.

CUSI CCOYLLUR.— Después de tantos años sin ver más que tu cara, me traes ese rostro nuevo, y me siento feliz.

IMA SÚMAC.— ¡Ay, princesa! ¡Bella escogida! ¡Hermoso pajarillo de oro! ¿En qué has pecado, corazón? ¿Por qué tan oprimida? ¿Por qué tan angustiada? ¿Deseas la muerte arrastrándote como un reptil?

CUSI CCOYLLUR.— ¡Bella hija! ¡Fruto adorado! ¡Soy una mujer como la semilla del panti arrojada al campo. Me casé con uno a quien amé como a la niña de mis ojos, sin que el inca supiera; pero él se volvió ingrato conmigo. El inca expulsó a Ollanta, antes tan querido por él, y

después enfurecido me mandó acá prisionera. Ya hace muchos años que vivo en este lugar; mira cómo estoy sin ver a nadie. En este calabozo no hay felicidad; ¡aguardo en él, diez veces la muerte, atada entre cadenas de hierro y olvidada de todos!... Mas, ¿quién eres corazón, tan niña y tan tierna?

IMA SÚMAC.— Siempre te he buscado, traspasada de dolor; y desde el instante que te sentí en esta casa, lloraba, y mi corazón saltaba dentro de mi pecho, pues no tengo padre ni madre; ni a nadie conozco por tal.

CUSI CCOYLLUR.— ¿Qué edad tienes?

IMA SÚMAC.— Acaso tengo muchos años que abomino esta casa, y a no vivir en ella los hubiera contado.

PITU SALLA.— Como cosa de diez años, así calculo que tenga.

CUSI CCOYLLUR.— ¿Cómo te llamas?

IMA SÚMAC.— Me llamo Ima Súmac, aunque tal vez no he correspondido a mi nombre.

CUSI CCOYLLUR.— ¡Ay, hija mía! ¡Ay, palomita! ¡Acércate a mi pecho! ¡Tú eres mi única felicidad! ¡Hija mía! ¡Ven! ¡Ven! Mi regocijo es sin límites. Sí, yo te puse ese nombre.

IMA SÚMAC.— ¡Ay, madre mía, no me desampares! ¿Te habré conocido solo para llorar? ¿Me dejarás en la orfandad? ¿En quién me refugiaré? ¿A quién volveré mis ojos? ¿Quién me ha de proteger? Alcánzame tu mano, auxíliame.

PITU SALLA.— No grites, ¡no! Para mí será el tormento. Camina, ¡vámonos! Tal vez nos oigan las matronas.

IMA SÚMAC.— Sufre un poco más en esta cárcel maldita. Quédate que yo te he de sacar de aquí. Pasa en ella algunos días. ¡Ay, madre mía, me voy sin aliento y desearía un veneno para mi corazón!

(*Se van Ima Súmac y Pitu Salla; luego, se retira Cusi Ccoyllur*).

ESCENA III

Sala en el palacio del inca

(*Salen Túpac Yupanqui y Huillca Uma*).

TÚPAC YUPANQUI.— ¡Grande y noble Huillca Uma! ¿Sabes algo de Rumi Ñahui?

HUILLCA UMA.— Salí ayer por la tarde hasta Huilcanota; encontré allí muchos prisioneros, que eran todos de la nación anti, la cual se dice que ha sido vencida, sus campos talados y sus hogares incendiados.

TÚPAC YUPANQUI.— ¿Han tomado a Ollanta? ¿Tal vez si ese hombre se ha escapado?

HUILLCA UMA.— Ya Ollanta ha sido vencido, destrozado y devorado por las llamas.

TÚPAC YUPANQUI.— Nuestro padre el Sol nos ha favorecido, como que soy de su linaje. Sí, los hemos de rendir a nuestros pies; para eso estoy aquí.

ESCENA IV

(*Sale un indio cañari*).

INDIO.— Rumi Ñahui me ha mandado muy de prisa con este quipu. TÚPAC YUPANQUI.— ¡Ve qué dice!

HUILLCA UMA.— (*Descifra el quipu*). ¡En este quipu hay carbón, que indica que ya Ollanta ha sido quemado! Estos tres... cinco quipus atados dicen que Anti Suyu ha sido sometido, y que se encuentra en manos del inca; esos tres... cinco, que todo se ha hecho con rigor.

TÚPAC YUPANQUI.— Y tú que has estado allí, ¿qué cosa has hecho?

INDIO.— ¡Poderoso inca, hijo del Sol! Mira que soy el primero trayéndote la noticia de que has triunfado, subyugado y derramado la sangre de esos traidores.

TÚPAC YUPANQUI.— ¡Cómo! ¿No he amonestado con frecuencia que no se derrame la sangre de aquella gente, pues bien saben que la amo y compadezco?

INDIO.— ¡Padre mío! No; no se ha vertido la sangre de nuestros enemigos; que corra esta noche.

TÚPAC YUPANQUI.— ¿Qué has visto?

INDIO.— Yo estuve allí junto con todo mi ejército, durmiendo en la confluencia del Qqueru y escondido en Yanahuara. Como en este valle hay muchas selvas para celadas, permanecí oculto en una casa por espacio de tres días, con sus noches, soportando el hambre y las intemperies. Rumi Ñahui vino a verme y me declaró todo su plan: que nosotros debíamos venir de noche, luego de que él regresase a su puesto, pues se iba a celebrar en el cuartel real una gran fiesta, y, cuando todos estuviesen entregados a la embriaguez, podíamos cargar durante la noche con el ejército de los veteranos. Después de haberme descubierto su estrategia, se regresó y aguardamos aquella noche. Mientras tanto, Ollanta pasaba divirtiéndose en la celebración de la fiesta del Sol, junto con los suyos, y el ejército entregado a la fiesta por espacio de tres días.

«Nosotros les caímos a media noche, y nuestro ejército entró por sorpresa, sin que el enemigo lo percibiera y estalló sobre él como la tempestad. De esta manera fue

al punto sobrecogido de espanto, y cuando volvió en sí, se encontró prisionero en nuestras manos. Rumi Ñahui se hallaba todavía enfermo; aunque Orcco Huarancca marchaba muy triste, sin embargo, empuñaba con furia la cadena. De este, el inca condujo a Ollanta, con su séquito; Ancco Allu con sus mujeres y como cerca de diez mil antis prisioneros. Sus mujeres convertidas en un mar de lágrimas los seguían de cerca. Por esto, en verdad, has visto a Huilcanota entregada al llanto».

ESCENA V

(*Rumi Ñahui sale victorioso, con la cabeza descubierta*).

RUMI ÑAHUI.— ¡Postrado a tus pies, poderoso inca, te adoro mil veces! Escucha mis palabras, pues estoy bajo tu amparo.

TÚPAC YUPANQUI.— Levántate; aquí tienes mi mano; regocíjate porque has salido bien en tu empresa; echaste tu red y has pescado.

RUMI ÑAHUI.— Sí, ese traidor con sus piedras ha matado a muchos nobles y un sinnúmero de plebeyos; mas yo, Rumi, he sido para él un peñasco; como Rumi he acabado con él y sus compañeros.

TÚPAC YUPANQUI.— ¿Se ha derramado mucha sangre?

RUMI ÑAHUI.— No noble, no en verdad; he cumplido todo como me has mandado; así he tomado

toda la nación anti prisionera; sus montañas están allanadas e incendiadas.

TÚPAC YUPANQUI.— ¿Dónde están esos enemigos?

RUMI ÑAHUI.— Todos aguardan en el campo y perecen con terrible castigo. Cada cual se apresura en buscar la muerte, pero es menester separar a las mujeres que están embarazadas, pues ellas bastan para la propagación de la especie.

TÚPAC YUPANQUI.— Así ha de ser infaliblemente. Que todos los niños y mendigos sean destruidos sin excepción; aun cuando todo el Cusco sucumba con ellos. Conduce a mi presencia a esos traidores.

ESCENA VI

(*Traen a Ollanta, Ancco Allu y Orcco Huarancca cargados de cadenas, con los ojos vendados; con ellos salen Piqui Chaqui y Huillca Uma*).

TÚPAC YUPANQUI.— Quítales la venda. Dime, ¿dónde estás, Ollanta?, ¿dónde, Orcco Huarancca? Ahora sin remedio serán ejecutados. ¿Quién te ha metido en esto?

PIQUI CHAQUI.— Sabes que entre los yuncas hay muchos piques que producen úlceras graves, que se curan con agua caliente; por esto, quítame a mí también la vida.

TÚPAC YUPANQUI.— Ancco Allu, respóndeme ¿por qué te has perdido con Ollanta? Desátale. ¿No es cierto que el inca te ha venerado como a un padre; y no es cierto que en él has hallado cuanto has querido? Tu palabra ha imperado en su voluntad; cuanto has pedido se te ha concedido y aún más. ¿Había algo oculto para ti?

¡Hablen, traidores! ¡Respóndeme, Ollanta! ¡Responde, Orcco Huarancca!

OLLANTA.— ¡Padre mío, nada me preguntes!; nuestro crimen rebosa por todas partes. TÚPAC YUPANQUI.— ¡Veamos la muerte que deban recibir! Di tu parecer, Huillca Uma.

HUILLCA UMA.— ¡El Sol me ha concedido un corazón muy benigno!

TÚPAC YUPANQUI.— ¡Rumi!, habla entonces.

RUMI ÑAHUI.— Siendo esta una gran traición, el castigo debe ser el último suplicio. El inca enrostra muchos crímenes a esta gente; así, que se les ate de uno en uno, ahora mismo, a cuatro estacas para que todos sus siervos pasen por encima de estos traidores; y que su ejército sea traspasado a flechazos, en castigo de su rebeldía. De este modo se vengará con sangre la muerte de sus padres.

PIQUI CHAQUI.— Así se ha de destruir la nación anti; que se haga también una hoguera para quemar a su gente.

RUMI ÑAHUI.— ¡Calla!, si no te he de lanzar una piedra, pues ahora tengo corazón de piedra.

TÚPAC YUPANQUI.— Han oído que se ha mandado que mueran en la estaca. ¡Condúcelos acá! ¡Muerte a los traidores!

RUMI ÑAHUI.— ¡Arrastren a esos traidores al lugar donde deben ser escarmentados! ¡Estírenlos! ¡Arrastren, arrástrenlos hechos pedazos!

TÚPAC YUPANQUI.— ¡Pon en libertad a esos prisioneros! ¡Que se aparten de mi presencia! ¡Han contemplado de cerca la muerte! ¡Ahora huyan como el ciervo en el bosque! Ya que están rendidos a mis plantas, mi corazón me dicta que sea generoso con ustedes y que les eleve; aunque sea un millón de veces más. Tú, que has sido el valeroso gobernador de Anti Suyu, sabrás que es mi voluntad que continúes mandando para que conserves siempre tu fama. Huillca Uma, toma el yelmo y aquellas insignias y pónselas de nuevo a este desgraciado que se ha liberado de la muerte.

HUILLCA UMA.— ¡Ollanta! Conoce desde hoy el poder de Túpac Yupanqui; desde este instante aprende a

obedecerle y amarle como a tu protector. Todo mi poder está en esas insignias, ahora te las ciño y sabrás que son las armas del inca.

OLLANTA.— Con las lágrimas en mis ojos, protesto que te he de amar y que he de ser tu humilde siervo. ¿Quién será igual a ti? Humillado a tus pies desataré tu calzado y desde ahora estoy cierto que todo mi poder depende de tu palabra.

TÚPAC YUPANQUI.— Ven acá, Orcco Huarancca. Ollanta te hizo general y te dio ese yelmo, para que estuvieras contra mí; sin embargo, mi furor se ha aplacado; tú quedarás gobernando Anti Suyu, para que salgas a la conquista de nuestro enemigo. Recibe este yelmo, para que te portes con valor; y ya que te he libertado de la muerte, me contarás en el número de los que te aman.

ORCCO HUARANCCA.— ¡Postrado a tus pies, poderoso inca, te adoro mil veces; aunque extraviado, ahora te he de auxiliar!

HUILLCA UMA.— El poderoso Túpac Yupanqui te hizo noble, concediéndote ese yelmo y esas flechas; así pues serás valiente como el joven tunqui.

RUMI ÑAHUI.— ¿Habrá entonces dos incas en el belicoso Anti Suyu?

TÚPAC YUPANQUI.— No, Rumi; no habrá dos: Orcco Huarancca gobernará a Anti Suyu, y Ollanta se quedará en el Cusco, ocupando el trono para que gobierne en vez del inca, y así permanecerá siempre aquí.

OLLANTA.— ¡Oh, inca! ¡Enalteces demasiado a este hombre que nada es! ¡Vive mil años! ¿Qué has hallado en mí?

TÚPAC YUPANQUI.— Saca, Huillca Uma, la grande insignia real; ponle pronto la borla amarilla; dale el cetro y hele aquí representando al inca. Ahora debo comunicarte mis órdenes: tú, Ollanta, permanecerás en mi lugar; pues yo marcho al Collao dentro de un mes; por eso lo he dispuesto así. Me iré lleno de complacencia, dejando a Ollanta sobre el trono.

OLLANTA.— Deseo partir contigo a cualquier parte que sea; pues sabes muy bien que soy varón diligente; supuesto que soy tu siervo, sin duda alguna he de ser el primero que marche en tu compañía.

TÚPAC YUPANQUI.— Cásate de una vez; con eso estarás contento y descansarás tranquilo. Escoge la que quieras.

OLLANTA.— ¡Oh, noble! Soy casado; mas he sido desgraciado.

TÚPAC YUPANQUI.— Todavía no conozco a tu esposa. Preséntamela para venerarla. Nada me ocultes.

OLLANTA.— ¡En el Cusco se ha perdido mi adorada paloma! En un solo día desapareció volando a otros lugares; la he buscado aquí y allá, preguntando a todos; pero ella se perdió, como si la tierra se la hubiera tragado. ¡Tal es mi situación!

TÚPAC YUPANQUI.— No te entristezcas, Ollanta; aunque sea eso y mucho más, cumple con mis órdenes sin retroceder. Huillca Uma, haz lo que te he dicho.

HUILLCA UMA.— ¡Pueblo! Sepan que Ollanta representa al inca y que gobierna en su lugar. ¡Salve, inca Ollanta!

TÚPAC YUPANQUI.— ¡Ustedes, acaten sus órdenes!

RUMI ÑAHUI.— Te felicito por tu ventura de que hagas las veces del noble inca. Que todo Anti Suyu se regocije y la comarca entera te sea propicia.

MUCHAS VOCES.— (*Afuera*). ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Fuera! ¡Fuera esa niña!

IMA SÚMAC.— (*Afuera*). Por lo que más ames, déjame hablar; no me impidas; mira que he de morir en este momento.

TÚPAC YUPANQUI.— (*A un indio en la puerta*). ¿Quién llora afuera?

INDIO.— Una niña viene llorando y quiere hablar con el inca.

TÚPAC YUPANQUI.— Condúcela acá.

(*Se va el indio*).

ESCENA VII

(*Sale Ima Súmac*).

IMA SÚMAC.— ¿Cuál de ustedes es el inca, para arrojarme a sus pies?

HUILLCA UMA.— Él es nuestro inca, bella niña; ¿por qué lloras?

IMA SÚMAC.— ¡Inca mío! Tú eres mi padre, perdona a tu hija. Favoréceme, pues eres hijo del Sol. Mi madre habrá muerto ya, presa en una cárcel de granito. Un feroz enemigo la confinó allí, para que muriera lentamente. Estará ya bañada en su sangre.

TÚPAC YUPANQUI.— ¿Quién es aquel tirano? ¡Ollanta! ¡Ollanta! ¡Levántate pronto! ¡Ve eso!

OLLANTA.— Vamos, niña, llévame presto. ¿Quién ha matado a tu madre?

IMA SÚMAC.— Tú no vayas; el inca que la vea, pues él la conoce, mientras que tú no. Inca, levántate pronto;

no sea que encuentre a mi madre muerta; ya me parece ver su cadáver. Sí, obedéceme.

HUILLCA UMA.— ¡Poderoso inca! Pues hasta ti llegan sus tormentos, ¿quién osará impedir que seas su libertador?

OLLANTA.— ¿Dónde está tu madre cautiva?

IMA SÚMAC.— En un rincón de aquella casa.

TÚPAC YUPANQUI.— ¡Vamos! ¡Vamos! Todos juntos; ya que hallándonos en medio de los placeres, esta niña ha venido a rasgar mi corazón.

IMA SÚMAC.— (*Señala la puerta*). ¡Padre mío! Aquí está mi madre. ¡Aquí! ¡Quién sabe si ya se encuentra muerta!

OLLANTA.— Me parece que te engañas; esta es la casa de las princesas.

IMA SÚMAC.— Mi paloma padece en esta casa diez años.

OLLANTA.— ¡Abran aquella puerta! ¡El inca viene!

ESCENA VIII

(*Pitu Salla abre la puerta*).

IMA SÚMAC. — ¡Hermana mía, Pitu Salla! ¿Todavía vive mi madre? Entremos, que se abra esa puerta.

(Señala la caverna).

TÚPAC YUPANQUI.— ¿Qué puerta hay aquí?

IMA SÚMAC.— Padre mío, esta es la puerta. Pitu Salla, ábrela que nuestro inca está aquí.

(*Se abre la segunda puerta por la que sale, cerrándola, Mama Ccacca*).

MAMA CCACCA.— ¿Es una realidad o un sueño, que vea al inca en estos lugares? TÚPAC YUPANQUI.— Abre esta puerta.

(*Ábrela Mama Ccacca y se ve a Cusi Ccoyllur*).

IMA SÚMAC.— ¡Ay, madre mía! Mi corazón me anuncia encontrarte muerta. He temido por momentos ver tu cadáver. Pitu Salla, alcánzame mucha agua; procura que mi madre vuelva a vivir.

TÚPAC YUPANQUI.— ¿Qué caverna es aquella en la roca? ¿Qué mujer es esa? ¿Qué significa todo esto? ¿Es una cadena de hierro que la aprisiona? ¿Qué tirano la ha cargado así? ¿Dónde estaba el corazón del inca? ¿Había engendrado por ventura a un reptil? Mama Ccacca, ven acá. ¿Quién es aquella mujer que viene? ¡He aquí que se ha transformado en un espectro esa desgraciada!

MAMA CCACCA.— Tu padre lo ha ordenado, queriendo solo escarmentarla.

TÚPAC YUPANQUI.— ¡Sal de aquí, Mama Ccacca! ¡Arrojen afuera a esa montañesa, a esa fiera y que nunca mis ojos la vuelvan a ver!

(*Le obedecen, y sacan a Cusi Ccoyllur*).

CUSI CCOYLLUR.— ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son esos? ¡Hija mía, Ima Súmac, ven acá, palomita! ¿De dónde esa gente aquí?

IMA SÚMAC.— Madre mía, no temas, aquí está nuestro inca. El poderoso Yupanqui viene; habla, no duermas.

TÚPAC YUPANQUI.— Mi corazón se desgarra, al presenciar tanto infortunio. Descansa, y dime después ¿quién eres? Dime, ¿cómo se llama tu madre?

IMA SÚMAC.— ¡Padre mío! ¡Piadoso noble! Manda todavía que desaten a esa prisionera.

HUILLCA UMA.— Yo debo desatar y auxiliar a esta infeliz. OLLANTA.— ¿Cómo se llama tu madre?

IMA SÚMAC.— Cusi Ccoyllur es su nombre.

TÚPAC YUPANQUI.— Me parece que te equivocas. Ella está en la sepultura, donde tendrá felicidad.

OLLANTA.— ¡Ay, poderoso inca Yupanqui! Esta niña es hija de mi esposa.

TÚPAC YUPANQUI.— ¡Todo me parece un sueño! ¡Esta felicidad hallada! ¿Esta mujer Cusi Ccoyllur es mi hermana?... ¡Hermana mía! ¡Cusi Ccoyllur, querida

paloma, ven acá, abrázame y consuélame para que pueda vivir!

CUSI CCOYLLUR.— Ya sabrás, hermano mío, los infinitos tormentos que padezco aquí, desde hace tantos años. Tú eres, pues, quien me ha de libertar de la muerte.

TÚPAC YUPANQUI.— ¿Quién eres, mujer, que tanto te angustias? ¿Quién te ha puesto aquí? ¿Qué crimen te ha arrastrado? Muy bien hubieras podido perder el juicio. ¿Tendré corazón para presenciar sufrimientos tan inexplicables? ¡Debiera morir con esta mujer, como si fuera la madre que la dio a luz! ¡Su rostro está marchito, su hermosa boca incognoscible; se acabó para siempre su beldad!

OLLANTA.— ¡Cusi Ccoyllur, yo te perdí primero, mas ahora vives! Y tú eres su padre que le puedes quitar la vida; mas entonces arráncala a los dos juntos; ¡no dejes que sobreviva! ¡Mi corazón entero está llagado! ¡Cusi Ccoyllur! ¿Dónde está tu risueño semblante? ¿Dónde tus lindos ojos? ¿Dónde tu belleza? ¿Eres acaso una hija maldita?

CUSI CCOYLLUR.— ¡Ollanta! ¡Ollanta! ¡Un veneno abrasador ha sido la causa de habernos separado por espacio de diez años; mas ahora nos vuelve a unir para que vivamos de nuevo! ¡Tú has de contar tantos años de goces y de pesares, cuantos el poderoso inca viva, y con esta nueva vida, tu existencia se ha de prolongar!

HUILLCA UMA.— Alcánzame ropa nueva para vestir a nuestra princesa.

TÚPAC YUPANQUI.— ¡Ollanta! He aquí a tu esposa; desde hoy venérala. Y tú, Ima Súmac, ven a mi pecho, ven, hermosa paloma, a devanar esos ovillos. ¡Sí, tú eres la prole de Ccoyllur!

OLLANTA.— ¡Oh, noble! ¡Tú eres nuestro amparo! ¡Tus manos apartan todo dolor! Tú eres nuestra sola y única ventura.

TÚPAC YUPANQUI.— No te aflijas; vive contento con tu dicha, pues ya posees a tu esposa y te has libertado de la muerte.

(*Tocan música de flauta y tambor*).

“ ¡Ollanta! ¡Ollanta! ¡Un veneno abrasador ha sido la causa de habernos separado por espacio de diez años; mas ahora nos vuelve a unir para que vivamos de nuevo!...

Colección
Lima Lee

